

ANGELICA KROGMANN

DE LA "LEY DE PARKINSON" AL "PRINCIPIO DE PETER"

No tiene rival la facultad de los anglosajones de tratar humorísticamente, lo más serio y amargo humor que varía entre satisfecho, sonriente, malicioso, sarcástico o patibulario. Han pasado unos quince años, desde que un tal señor Parkinson* causó justificada revuelo por la ley que descubrió: el que toda actividad administrativa necesita una oficina, y la genera. No bien existe la oficina, da origen a otras, y éstas, a su vez... etc. etc. De esta manera, Parkinson explica el fenómeno misterioso hasta entonces: el incontenible crecimiento de la burocracia. Desde entonces, las razones son obvias: nadie quiere, por la duración de su vida, ejecutar tan sólo indicaciones recibidas por terceros; quiere que a él también le llegue su turno de darlas. Con este objeto, contrata una secretaria y un ayudante que, en los sucesivos, cumplirán sus órdenes... hasta que a ellos, a su vez, les entre el hastío y solicitan más personal al que puedan darlas.

Si este sistema de progresión geométrica se desplegara sin trabas, nuestra vida económica y política ya se habría sofocado desde hace tiempos; pero hace cinco años se descubrió otro principio regulador, en parte, propicio a aquella Ley, en parte contrarrestándola. Lawrence J. Peter y Raymond Hill lo definen diciendo que, en toda institución, cualquiera que sea su estructura, todo empleado

* Cyril Northcote Parkinson: "La ley de Parkinson y otros ensayos sobre administración" (1958).

aspira "to rise to his level of incompetence" (ascender a su nivel de incompetencia **), lo que implica que, desde el lugar que ocupa, trata de seguir ascendiendo hasta, finalmente, alcanzar el nivel de su propia incompetencia o deficiencia. Ahí, la carrera tiene su fin y término.

En ambos postulados: la Ley de Parkinson y el Principio de Peter, subyace algo que ya se creía mandado retirar, o sea, la idea obsesiva de tener que ocupar en una jerarquía aceptada como dada, el más prestigioso de todos los puestos alcanzables.

Es verdad que nadie admitiría hoy día, y menos todavía con convicción, ser adepto creyente del pensamiento jerárquico. Muchos son los que nada pueden imaginarse bajo el término "jerarquía"; el vocablo está tan fuera de moda, tan obsoleto, que, si acaso, sirve todavía de invectiva.

No obstante, tenemos la obsesión de la jerarquía posada en la nuca, bajo la piel, en los huesos, ya que, de lo contrario ¿cómo reconoceríamos que el director es el jefe de su secretaria, que el jefe de departamento ha de ganar más que el chofer, que al contador se le "subordina" un aprendiz, y al intendente las mujeres de limpieza?

Además, como es harto sabido, ese esquema jerárquico no es necesariamente fiel reflejo de las verdaderas condiciones de poder. Quien no se lleve con el portero o la

** Dr. L.J. Peter y Raymond Hill: "The Peter Principle", New York, 1959.

telefonista, tendrá pocas horas agradables en su oficina, aquel cuyos modales no satisfagan las exigencias de la secretaria ejecutiva, que no espere hacer carrera; por lo menos, no en esta empresa. Finalmente, el disgusto de las mujeres de limpieza tendrá consecuencias devastadoras, por lo que, en Alemania se les otorgó el nuevo título de "Raumpflegerinnen" (expertas en orden habitacional). Aquí, como en ninguna otra parte -nomen est omen - una palabra se convirtió en presagio profético. Es dudoso que la calidad del aseo haya mejorado desde entonces, pero sí el prestigio y la autoconciencia de quienes lo ejecutan. De una Raumpflegerin ya no se puede esperar, sin más, que ella haga trabajos toscos como limpiar ventanas o sacudir alfombras.

En tanto que, en un principio, uno apenas se atrevía a pronunciar esta palabra, temeroso de la sospecha de tonos concomitantes de ironía, pronto hizo su aparición, ¡sin comillas!, en las secciones de empleos vacantes en los periódicos. Entretanto, el término ya se ha consagrado al extremo de que no le queda ningún hábito de humor ni el más leve soplo de ironía: asistimos al proceso sorprendente, aunque no excepcional, de que un mote se convirtió en título, o símbolo de categoría.

Recordemos que también "fascista" era un apodo antes de convertirse en designación de un grupo político, y finalmente en invectiva; (de fascio = fascas, insignia de los cónsules romanos). Desde este punto de vista, la revaluación y devaluación de títulos, o por medio de títulos, se nos antojan como fases evolutivas pasajeras de un proceso social. El "profesor titular" o el "profesor universitario" era, en su época, para vastos sectores de la población, sinónimo de éxito y de prestigio; lo mismo

lo eran el apoderado, el concejal municipal, el párroco. En la conciencia del hombre del pueblo, estas posiciones conllevaban confiabilidad, así como competencia casi ilimitada. "El funcionario prusiano" ostentaba su profesión como título nobiliario, como una condecoración invisible, como sello de garantía; estaba por encima de cualquier duda. Mas no hay título de honor que no pueda degenerar en insulto y vergüenza, como las ha sucedido no solamente a los "señores feudales", los "señoritos" y los "aristócratas", sino también a los "burgueses y proletarios". Según el decir popular, "la altanería precede a la caída"; sin embargo, queda pendiente aclarar si es obligatorio que el título honorífico de ayer se convierta en la burla de mañana.

La tituladición desde siempre ha proliferado más donde menos se oía toser las moscas, y donde se trataba de suplir la falta de capacidad y competencia; por vana pretensión. Es verdad que ser "sastre de la corte", era una tarjeta de presentación, por lo menos tan buena como hoy lo es la horma de Sophia Loren en el aparador de un zapatero a la medida. Pero quien ostenta el título de "viuda de superintendente de correos" ha de haber tenido necesidad de ello. Para el censo de profesiones, el jefe de departamento y el director ejecutivo de una empresa, son "empleados administrativos". Los académicos, entre ellos descuentan tácitamente el grado académico, y dicen simplemente: señor fulano; los nobles responden a las llamadas telefónicas con preterición del "von", pues los del gremio no tienen necesidad de consultar el libro genealógico para verificar si se trata de un conde o no más de un barón.

La insistencia en los títulos siempre tiene un saborcillo provinciano. Hasta nuestros días se patentiza la liberalidad de la nación británica en que allí no se conoce esa pedantería, lo que causa extrañeza a los demás. Ahí todos saben que sólo los hijos mayores heredan los nombres y títulos y que un señor Churchill no deja de ser "de casta pura", aunque, de casualidad, no se le diga Duque de Marlborough.

En el curso de los tiempos, una y otra vez se han buscado y encontrado patrones para medir y clasificar a los hombres y las potencias y, con ellos, a la historia misma; a veces, o quizá siempre, esos patrones se han absolutizado, hieratizado como ideología o dogma, lo que llevó a consecuencias grotescas e incluso inhumanas. Así, por ejemplo, el capitalismo occidental con todas sus secuelas extremas, surgió del pensamiento puritano y consideraba que el éxito profesional y la prosperidad material eran prueba y premio de una vida según los preceptos divinos. El concepto de raza pura y, por ende, superior, anatamizaba a todo lo que no formaba parte de ella, los resultados son conocidos. Hoy día, para variar, las figuras históricas y contemporáneas se valoran y juzgan según la idea de la lucha de clases; si no encajan en el esquema, son, no solamente incomprendibles, sino, en rigor, también insoportables: "porque no puede ser lo que no debe ser".

Menos intolerante y, en cambio, mucho más divertida, es la "interpretación peteriana de la historia". Partiendo de la Teoría darwiniana de la evolución y bajo el lema del Evangelio de que "los mansos recibirán la tierra por heredad", Lawrence Peter pregunta: ¿qué pasa cuando el ser humano como tal, pese a su altanera creencia en el

incesante progreso, alcanza su nivel de incompetencia, esto es, su escalón de incapacidad para vivir y sobrevivir? ¿Se halla sentenciado a la extinción como el mamut? O habrá una salvación para él, como único entre los seres terrestres?.

Dentro del marco del "principio de Peter", o más bien entre sus líneas, se ofrecen diversas posibilidades, por cierto con extravagancia y heterodoxia anglosajona. Así, se menciona el ejemplo de una radiodifusora que mantiene, como casa matriz, un palacio con un costo de tres millones de dólares, a muchas millas de distancia de los estudios y de las emisoras, con 8 vicepresidentes: "to keep the drones out of the hair of the workers", esto es, para que los que han alcanzado el penúltimo nivel de incompetencia no fastidien a los demás en su trabajo. Rechazar llanamente la promoción a la "terminal" de la propia incompetencia, puede acarrear consecuencias fatales -y Peter las describe para escarmiento; pero también se puede evitar esa promoción de manera diferente y menos conspicua, para lo cual Peter nos da algunas sugerencias confidenciales, por ejemplo, disfrazando con pequeñas flaquezas la propia eficacia en el puesto alcanzado: uno desarrolla sus peculiaridades, se vuelve desordenado, olvidadizo, estafalario, caprichoso. Así, uno da motivo a reparos, aunque sea solamente en rasgos contingentes, de modo que quede descartada la promoción a otro puesto "mejor" o "superior": en vez de "ascender" a la administración del régimen educativo, el maestro capaz sigue con su grupo; el apasionado jardinero sigue acuchillado entre sus arriates, en vez de sentarse en un escritorio de la Dirección General de Horticultura. Peter, con guiño soslayado, nos da a entender que ellos son los únicos felices en la jerarquía de los "ascendentes" obligados, porque llenan su lugar sin exi-

girarse demasiado, y les queda tiempo y energía para una vida privada. Sería falta de visión, tildarles de "frustrados"; más bien es mérito de ellos, y no de la gerencia general, el que una empresa de no importa qué categoría, marche bien; ellos generan las "relaciones humanas" dentro de la compañía y lubrican el engranaje sobrecalentado. Por no tener otra ambición que la de llenar su lugar, nadie les teme como competidores. Y no necesitan títulos; son lo que son, gracias a sí mismos.